

LA CRÓNICA

El turista virtual

JORDI SOLER

En la ciudad suiza de Basilea, ahí por donde Heidi sacaba a ramonear a su abuelito, se ha echado a andar una iniciativa turística que revolucionará los viajes y probablemente la vida entera, que es también por cierto y en rigor un viaje. A orillas del río Rin, en el barrio Sant Alban, que es un enclave medieval de esta ciudad, puede disfrutarse hoy de un *tour* a caballo entre lo real y lo virtual, donde todo empieza con el turista caminando a tientas por la ribera, con los lomos cargados (como, efectivamente, un caballo) por el peso de un complicado *hardware* que se transporta en una suerte de mochila colgada a la espalda. Por si esto fuera poco, el turista lleva en la cabeza un mamotreto tecnológico compuesto de cascos, cables, filamentos fúlgidos que bajan cuerpo abajo hasta los pies, y un visor curioso. Curioso porque viene aderezado con una camarita de televisión, que es una lente turgente que sale de la mitad derecha de la cara, y un micrófono que sobresale como cuerno del hueso parietal del turista. Este equipo que, de entrada, hace del turista un caballo, tiene el nombre de *Life Clipper* y fue inventado por Jan Torpus, un suizo que estudió los fundamentos de este aparato en Barcelona, y por Nickolas Neecke, un experto alemán en nuevas tecnologías. Las notas periodísticas que han consignado el nacimiento y la puesta en uso del *Life Clipper*, advierten que una vez que al turista le han cargado el lomo, necesita de un lazarrillo que lo vaya guiando y cuidando mientras se acostumbra a desplazarse viendo el mundo a través de su visor curioso, no sea que en un traspies turístico se vaya al fondo del Rin jalado por su *hardware* de alquiler.

“Una vez situado en la orilla del río, el visitante comienza su paseo acompañado por ruidos de agua y chapoteos provocados por los sensores en sus pies”, escribió un enviado de este periódico después de su experiencia con el *Life Clipper*. A partir de ese momento, el turista virtual va recorriendo el barrio de Sant Alban, caminando con sus propios pies y además viviendo la época medieval con sus ojos y sus oídos,

que van conectados al equipo y le permiten ver soldados, príncipes, carruajes de la época, todos virtuales. Este proyecto fantástico debe tener una contraparte divertida para la gente que anda por esas calles haciendo turismo a la antigua y que a simple vista puede ver a los turistas virtuales entusiasmándose con una escaramuza que nada más ven ellos; o asustándose con un espadachín que tira tajos al aire con su espada y que existe exclusivamente en su visor; o rendidos de amor por esa dama que baila y se retuerce seductoramente y que existe exclusivamente en los circuitos del *Life Clipper*.

Esta manera de hacer turismo que ya se aplica con éxito en Basilea, puede trasladarse a cualquier lugar del mundo, por ejemplo a Barcelona, donde el turista virtual, debidamente equipado, podría ir paseando por la ciudad y enterándose en directo de su historia antigua o reciente. Por ejemplo, un *tour* que se iniciara en el zoo, en el momento justo en que, hace unos años, un grupo de gamberros abrió la jaula de *Copito de Nieve* para que escapara. Este *tour* virtual consistiría en ir siguiendo los pasos del gorila en aquella noche de libertad, primero por el paseo de

Picasso, luego por la ronda de Sant Pere, después de aquella copiosa micción que perpetró en una pared del Arco del Triunfo, y el gran final en la plaza de Catalunya, donde el turista virtual vería cómo *Copito* es aprehendido por dos policías mientras mira los productos que se exhiben en las vitrinas de El Corte Inglés.

O podría haber otro donde el turista, con su *Life Clipper* debidamente programado, caminará por las calles siguiendo a Albert Einstein, en febrero de 1923, durante la etapa barcelonesa de su gira de premio Nobel. En este veríamos al científico entrando al hotel Ritz, acompañado por su esposa y una generosa comitiva, cargando una maleta pequeña y un estuche de violín. Luego subiríamos con él y su esposa a su habitación y ahí atestiguaríamos como los dos, después de comprobar por la ventana que la comitiva ha abandonado el edificio, escapan por un montacargas y salen discretamente por la puerta trasera del hotel, en busca de un alojamiento más modesto. Después el *tour* continuaría por las calles del Ensanche rumbo a La Rambla, y a simple vista sería un extravagante grupo de turistas con la cabeza conectada a una mochila, persiguiendo y jaleando

a un Einstein virtual que nada más verían ellos. El paseo terminaría en un hotel de la plaza Real, dentro de una habitación donde la señora Einstein saca ropa de la maleta, mientras el científico toca su violín y dice, entre una pieza y otra, esta desconcertante frase: “Soy un ciudadano modesto y he alquilado la habitación que corresponde a mi categoría”.

El de *Copito de Nieve* y el de Einstein son dos *tours* que pueden hacerse cualquier día del año; pero el turismo virtual da también para ajustarse a una fecha concreta; por ejemplo, un Sant Jordi con una mesa donde comparezcan, para la gente que carga con su *Life Clipper*, William Shakespeare, Fernando Pessoa y Salvador Dalí; y si no, un día de San Juan en el que el mismísimo Juan, el santo, celebre su noche tirando cohetes en la Rambla del Raval.



Copito de Nieve, descansando en su jaula en junio de 2002. / CARLES RIBAS

Dos propuestas de turismo virtual: seguir a Einstein en su visita a Barcelona en 1923 y a ‘Copito de Nieve’ tras escapar de su jaula

Cataluña es un país de soñadores, dice Bigas Luna, puesto que según él en tres de los símbolos que nos identifican debemos mirar al cielo: comer *calçots*, beber en porrón y mirar los *castellers*. Debe de ser cierto, sólo a un país de soñadores se pueden deber el *noucentisme*, el modernismo y la Segunda República, aunque quizá no fueron más que espejismos. “Es quan dormo que hi veig clar”, decía J. V. Foix. Algunos dirán que fueron posibles por el ya cansino tópico de la *seny* y la *rauxa*. Esta dualidad, resultado de un pragmático espíritu comercial y de una cierta pasión mediterránea, nos podría llevar muy lejos, pero no es así. Contrariamente, podríamos afirmar que esa visión del mundo está causando estragos.

En todo caso, y si nos atenemos a cómo tratamos nuestro propio país, ya podemos ir sacándonos el traje de los domingos. Cataluña debe de ser uno de los países de Europa en que sus ciudadanos más desprecian el lugar donde viven; de lo contrario no se explica lo que está ocurriendo. Hemos vendido el terri-

torio al mejor postor, hemos echado a perder nuestros ríos, hemos edificado hasta ahogar nuestros montes y costas. Sorprendentemente, no damos muestras de arrepentimiento, puesto que lo hacemos “por el progreso del país”. Quizá deberíamos revisar el significado de progreso y sus derivados: progresar, progresista, etcétera. Hace unos días Oriol Nel-lo, secretario de Planificación Territorial de la Generalitat (EL PAÍS, 24 de junio), argumentaba que se debían conservar los pocos campos de cultivo que quedan; parecía sensato. Sin embargo, la razón de su conservación era principalmente el turismo. Si los turistas sólo ven hoteles y urbanizaciones quizá no vuelvan. Pero ¿es esa la razón para conservar el territorio? En realidad, Nel-lo no hacía sino expresar una idea

muy catalana: de nada sirve aquello que no es rentable.

Parece que el único bastión inquebrantable de nuestra pasión patria es el idioma, herramienta imprescindible, por supuesto, patrimonio inestimable, evidente, pero ingrediente no suficiente para hacer un país. “No somos catalanes porque hablamos catalán, sino que hablamos catalán porque somos catalanes”, decía en 1890 el periodista Joan Mañé i Flaquer, uno de los fundadores del *Diario de Barcelona*. Un matiz que sitúa el idioma como una consecuencia y no como una especie de grupo sanguíneo oral. Esta obsesión lingüística nos hace olvidar otras cuestiones igual de importantes, si no más. Tan sólo un ejemplo ilustrativo: en la zona del Gaià se está edificando una de tantas y desafortunadas zonas de

casas adosadas. Ante la hilera de los tremendos chalets hay un gran cartel en el que reza: “Para vivir mejor”. Sobre el texto hay una pintada, al leerla se descubre cuál es la preocupación por el país. “En catalá”, dice el grafito. Interesante, se puede edificar sin sensibilidad sobre el entorno, pero los carteles han de ser en catalán, y no es un hecho aislado. Allí donde había casas de payés, nosotros edificamos bloques de apartamentos o campos de golf. Eso sí, los llamamos Pau Casals, o Xaloc, o cualquier localismo cuanto más vernáculo mejor.

Nos equivocamos al pensar que el país lo construyen sólo los políticos, las banderas o los idiomas. Cataluña se levanta cada mañana con cada uno de nosotros y de nuestra actividad diaria se deriva una mejora o un empobrecimiento que nos

afecta a todos. Parece que en lugar de ejercer un catalanismo activo, preferimos un patriotismo de pegatina. El Pirineo está siendo colonizado sistemáticamente por constructores sin escrúpulos, a menudo alcaldes electos, impulsados por su idea de progreso y montados en todoterrenos con el burrito pegado en el capó. Nos pasamos la semana maltratando al país, pero el domingo nos hacemos el DNI catalán porque *la pela és la pela*: eso debe de ser el *seny*, y el país va después y sólo para enarbolar símbolos: eso debe de pertenecer a la *rauxa*.

Cabría preguntarse si es más nacionalista aquel que siempre compra agua envasada del Montseny, porque *es nuestra*, o aquel que prefiere otras aguas sabiendo que estamos extrayendo de forma privada y a un ritmo insostenible acuíferos subterráneos. Carles Riba escribió que para Jacint Verdaguer, quizá el más grande de las letras catalanas, la patria era “la posesión de un paisaje por derecho divino”. Al margen de dogmas de fe, deberíamos reflexionar sobre ese patriotismo

Catalanes de domingo

CLARET SERRAHIMA / ÓSCAR GUAYABERO